La naturaleza política del absolutismo ha sido frecuente tema de controversia dentro del materialismo histórico. Prosiguiendo el análisis iniciado en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Anderson sitúa a los estados absolutistas de los comienzos de la Edad Moderna sobre el telón de fondo del anterior feudalismo europeo. En la primera parte de la obra se analizan las estructuras generales del absolutismo como sistema de estados, en Europa occidental, a partir del Renacimiento; y se discute la difícil cuestión de las relaciones entre monarquía y nobleza que se institucionalizan a través del Estado absolutista, para cuya transformación en el tiempo el autor propone un esquema general de periodización. Se estudian después las trayectorias de los estados absolutistas de España, Francia, Inglaterra y Suecia, comparándolos con el caso italiano, en el que no llegó a formarse un verdadero absolutismo.

La segunda parte esboza una perspectiva comparativa del absolutismo en Europa oriental, para tratar de comprender las razones por las que las distintas condiciones sociales de la mitad más atrasada del continente desembocan, no obstante, en formas políticas aparentemente similares a las occidentales. Se estudian las monarquías absolutistas de Prusia, Austria y Rusia; el contraejemplo polaco muestra cuál es el precio histórico de la incapacidad de la nobleza y la monarquía polacas para crear un Estado absolutista; el imperio otomano de los Balcanes se utiliza como contraste para subrayar la singularidad del absolutismo como fenómeno europeo.

La obra se cierra con una discusión de la posición especial que ocupa el desarrollo europeo en la historia universal, haciendo hincapié en el significado de la herencia de la Antigüedad clásica. Dos extensos apéndices estudian, por último, la noción de «modo de producción asiático» y la trayectoria histórica del feudalismo japonés, el único feudalismo surgido fuera de Europa.

Perry Anderson es bien conocido por su labor como editor y autor en *New Left Review*. Siglo XXI ha publicado también su obra *Consideraciones sobre el marxismo occidental*.

siglo veintiuno editores

ISBN 968-23-0946-8

9 789682 309465

EL ESTADO ABSOLUTISTA | perry anderson

EL ESTADO ABSOLUTISTA

siglo veintiuno editores

perry anderson

Traducción de

SANTOS JULIÁ

EL ESTADO ABSOLUTISTA

por

PERRY ANDERSON

V

Aunque muy resumidos, ésos parecen ser algunos de los elementos fundamentales de la historia social islámica. El carácter y el rumbo de la civilización china presentan, por su parte, una serie de rasgos en contrapunto con la evolución islámica. Aquí no disponemos de espacio para analizar la larga y compleja evolución de la China antigua, desde la época Shang, en la Edad de Bronce, a partir del año 1400 a. C., hasta el final de la era Chou, en el siglo V a. C., y la formación del Estado unitario Ch'in, en el siglo III a. C. Bastará con resumir brevemente los legados materiales de la presencia continua de una civilización con una cultura escrita que se remonta a unos dos mil años antes de la aparición definitiva del sistema estatal imperial que habría de convertirse en la marca distintiva de toda la historia política china.

El núcleo de la civilización china radicaba en la zona noroccidental del país, cuya economía se basaba en una agricultura de cereales de secano. Los cultivos dominantes de la China antigua siempre fueron el mijo, el trigo y la cebada. Pero en el marco de esta agricultura intensiva y asentada, la civilización china desarrolló muy pronto importantes sistemas hidráulicos para el cultivo del grano en las altiplanicies y los valles de loes del noroeste. Los primeros grandes canales para desviar el agua de los ríos y regar los campos fueron construidos por el Estado Ch'in en el siglo III a. C.[135]. En la cuenca baja del río Amarillo, algo más hacia el nordeste, el Estado Han erigió posteriormente una importante serie de diques, presas y embalses con el objetivo complementario de controlar el flujo y regular las entregas de agua para la agricultura[136]; se

[135] Sobre los tres tipos principales de sistemas hidráulicos en China, y su localización regional, véase el análisis original de Chi Ch'ao Ting, *Key economic areas in Chinese history*, Nueva York, 1963 (reedición), páginas 12-21; y el magistral estudio de J. Needham, *Science and civilization in China*, vol. IV, 3, *Civil engineering and nautics*, Cambridge, 1971, páginas 217-27, 373-5.

[136] Chi Ch'ao Ting, *Key economic areas in Chinese history*, pp. 89-92.

diseñaron bombas de cadenas de cangilones cuadrados[137], y posiblemente en el siglo I a. C. aparecieron por vez primera, más al sur, las terrazas para el cultivo del arroz[138]. En esta época, sin embargo, los cultivos de secano de mijo y trigo todavía eran enormemente predominantes en la economía rural. Los Estados Ch'in y Han construyeron también imponentes canales de transporte para embarcar hasta sus tesorerías los impuestos en grano, canales que fueron probablemente los primeros del mundo. En realidad, a lo largo de toda la historia de China, el Estado siempre habría de dar prioridad a las vías fluviales de transporte, con sus funciones fiscales y militares (logísticas), sobre los específicos sistemas de regadío con objetivos agrícolas[139]. Con completa independencia de estas obras hidráulicas, también se registraron en la agricultura algunos avances técnicos fundamentales en una época temprana, generalmente mucho antes de su aparición en Europa. El molino de rotación se inventó aproximadamente al mismo tiempo que en el Occidente romano, en el siglo II a. C.; la carretilla se descubrió mil años antes que en Europa, en el siglo III d. C.; el estribo se utilizaba normalmente en la misma época; la tracción equina experimentó una decisiva mejora con la aparición del arnés moderno, en el siglo V d. C.; en el siglo VII d. C. se construyeron puentes con arco segmentado[140]. Pero todavía es más sorprendente que las técnicas de fundición del hierro se implantaran en época tan temprana como los siglos VI y V a. C., cuando en Europa se utilizaron únicamente a finales de la Edad Media. Se producían piezas de acero ya a partir del siglo II antes de Cristo[141]. Así pues, la metalurgia china estaba por delante de cualquier otra del mundo desde una fecha extremadamente temprana. Simultáneamente, la China antigua también se adelantó en tres importantes manufacturas: la seda se producía desde los más remotos orígenes de su historia; el papel se inventó en los siglos I y II d. C., y la porcelana se perfeccionó en

[137] Needham, *Science and civilization in China*, IV, 2, *Mechanical Engineering*, Cambridge, 1965, pp. 344, 362.

[138] Yi-Fu Tuan, *China*, Londres, 1970, p. 83.

[139] Needham, *Science and civilization in China*, IV, 3, p. 225.

[140] Needham, *Science and civilization in China*, IV, 2, pp. 190, 258-65 *ss.*, 312-27; IV, 3, p. 184.

[141] J. Needham, *The development of iron and steel technology in China*, Londres, 1958, p. 9; el acero se fabricaba por medio de una mezcla de hierro forjado y hierro fundido, desde una época tan temprana como el siglo VI d. C. (pp. 26, 47).

el siglo v d. C.[142]. Esta sorprendente base de logros tecnológicos proporcionó los fundamentos materiales para que el primer gran imperio dinástico reunificase de forma permanente a China tras las luchas y divisiones regionales de los años 300-600 d. C. Esta tarea correspondió al Estado T'ang, que generalmente se toma como principio coherente y decisivo de la civilización imperial china.

El sistema de propiedad de la tierra del imperio T'ang estaba en muchos aspectos curiosamente cerca del arquetipo asiático imaginado por los posteriores pensadores europeos, incluido Marx. Jurídicamente, el Estado era el único propietario del suelo, de acuerdo con la regla: «Todo lugar que existe bajo el cielo es tierra del emperador»[143]. El cultivo agrícola se babasaba en el sistema llamado *chün-t'ien* o de «distribución en parcelas iguales», que procedía del Norte del Wei y que fue llevado a la práctica administrativamente hasta un punto que ha sorprendido a los historiadores posteriores. El Estado concedía lotes fijos de tierra, que en principio tenían una extensión de 5,3 hectáreas, a los matrimonios campesinos durante todo el tiempo de su vida laboral y con la obligación de pagar impuestos en especie —principalmente grano y telas— y de realizar algunas prestaciones de trabajo. Una quinta parte de estas parcelas, reservada para la producción de seda o cáñamo, podía heredarse, y el resto pasaba de nuevo al Estado cuando llegaba el momento del retiro[144]. Los objetivos fundamentales de este sistema eran extender el cultivo agrícola e impedir la formación de grandes propiedades privadas en manos de una aristocracia terrateniente. A los funcionarios del Estado se les concedían importantes dominios públicos para su propio mantenimiento. El registro cuidadoso de todas las parcelas y los trabajadores era parte esencial del sistema. Este meticuloso control administrativo implantado en el campo se duplicaba o, mejor, se intensificaba en el interior de las ciudades, empezando por la misma capital imperial de Chang'an,

[142] Needham, *Science and civilization in China*, I, *Introductory orientations*, Cambridge, 1954, pp. 111, 129.

[143] D. Twitchett, *Financial administration under the T'ang dinasty*, Cambridge, 1963, pp. 1, 194.

[144] Twitchett, *Financial administration under the T'ang dinasty*, pp. 1-6. En las regiones densamente pobladas, la extensión de las parcelas podía descender hasta más o menos 1 ha: pp. 4, 201. Este sistema nunca estuvo sólidamente implantado en los distritos arroceros del sur, donde era técnicamente inadecuado por la mayor demanda de trabajo del cultivo arrocero de regadío.

que probablemente tenía más de un millón de habitantes. Las ciudades chinas del primer período T'ang estaban rigurosamente planificadas y vigiladas por el Estado imperial. Normalmente, eran creaciones geométricas, rodeadas de fosos y murallas y divididas en distritos rectangulares que estaban separados entre sí por unos muros con puertas vigiladas para el tráfico diurno y cerradas con toque de queda durante la noche. Los funcionarios residían en un recinto especial, aislado del resto de la ciudad por un doble muro[145]. La transgresión de estos compartimentos fortificados por parte de los habitantes de la ciudad, sin contar con permiso, era adecuadamente castigada.

La máquina estatal que ejercía esta vigilancia sobre la ciudad y el campo estaba controlada en un primer momento por una aristocracia militar, que había alcanzado su posición gracias a las continuas guerras internas de la época precedente y que todavía era, por su tradición y sus actitudes, una nobleza hereditaria y caballeresca. De hecho, el primer siglo de la época T'ang presenció una espectacular oleada de conquistas militares chinas en el norte y el oeste. Manchuria y Corea fueron sometidas y Mogolia fue pacificada mientras el poderío chino se extendía profundamente en Asia central hasta alcanzar la región de Transoxiana y del Pamir. Esta gran expansión fue, en su mayor parte, obra de la caballería T'ang, creada gracias a un cuidadoso programa de cría de caballos selectos y dirigida por una aristocracia belicosa[146]. Una vez implantado, el sistema de seguridad del nuevo imperio se confió a colonias de infantería de una milicia divisional, a la que se concedían tierras para el cultivo y se le exigían deberes de defensa. Pero a partir de finales del siglo VII se hizo necesaria la creación de grandes unidades permanentes para la vigilancia de las fronteras del imperio. El expansionismo estratégico vino acompañado por un cosmopolitismo cultural. Por vez primera en la historia china, las influencias extranjeras modelaron la ideología oficial con la conversión del budismo en religión de Estado. Al mismo tiempo, sin embargo, un cambio mucho más profundo y duradero comenzaba a transformar toda la estructura del aparato de Estado. Durante la época T'ang nació, efectivamente, la característica burocracia civil de la China imperial.

[145] E. Balazs, *Chinese civilization and bureaucracy*, New Haven, 1967, páginas 68-70.

[146] J. Gernet, *Le monde chinois*, París, 1972, pp. 217-19; este volumen es quizá la mejor síntesis reciente de la historia china escrita en cualquier idioma europeo.

Desde mediados del siglo VII comenzó a reclutarse por vez primera a través de un sistema de exámenes públicos a la élite del más alto personal del aparato gubernamental, aunque la gran mayoría de los puestos todavía se ocupaban por privilegio hereditario o por recomendaciones de las tradicionales familias nobles. La «censoría» comprendía una columna separada de funcionarios civiles cuya tarea consistía en criticar y controlar el trabajo del principal cuerpo de la burocracia imperial, con objeto de garantizar un nivel correcto de actividad y conducta [147]. A mediados del período T'ang ya era innegable el auge político del funcionariado civil gracias al sistema de exámenes, cuyo prestigio había comenzado a atraer incluso a candidatos poderosos. La rama militar del aparato de Estado, que más tarde habría de producir una larga cadena de generales usurpadores, ya no sería nunca funcionalmente predominante en el imperio chino. En épocas posteriores, los conquistadores nómadas —turcos, mogoles o manchúes— invadirían China y basarían su poder político en sus propias guarniciones militares. Pero estos ejércitos intrusos permanecieron fuera del normal gobierno administrativo del país, que siempre les sobrevivió. Una burocracia culta habría de ser, por el contrario, el sello permanente del Estado imperial chino.

El sistema agrario de los T'ang se desintegró muy pronto: el vagabundeo campesino hacia tierras desocupadas y no registradas, junto con los planes de los ricos para habilitar tierras para el cultivo y con el sabotaje de los funcionarios, inclinados a acumular tierras para ellos mismos, provocó el fracaso de las regulaciones *chün-t'ien*. Además, en el año 756 tuvo lugar la decisiva rebelión del general bárbaro An Lu-Shan, precisamente en el momento en que el poderío exterior de China ya había sido debilitado por las victorias de los árabes y los uiguros en Turquestán. La estabilidad dinástica se derrumbó temporalmente; las fronteras retrocedieron a causa de las rebeliones de los pueblos sometidos, y se produjo un colapso general del orden interior. La profunda crisis de mediados del siglo VIII desorganizó por completo los registros del sistema de distribución de parcelas, y en la práctica acabó realmente con el orden *chün-t'ien*. A los cinco años de la rebelión de An Lu-Shan, el número de familias registradas había descendido en un 80 por 100 [148], y comenzaron a aparecer grandes fincas

[147] R. Dawson, *Imperial China*, Londres, 1972, pp. 56-8.
[148] Twitchett, *Financial administration under the T'ang dinasty*, páginas 12-17.

privadas o *chang-yuan*, cuyos propietarios eran terratenientes, burócratas u oficiales del ejército. Estas fincas no eran latifundios consolidados, sino grupos de parcelas cultivadas por arrendatarios campesinos, por trabajadores asalariados o en ocasiones por esclavos, bajo el control de administradores agrícolas. Para los arrendatarios de estas fincas, las rentas ascendían normalmente a la mitad de su producción, lo que suponía un índice de explotación mucho más alto que el extraído por el Estado a las parcelas *chün-t'ien* [149]. Simultáneamente, el sistema fiscal cambió las capitaciones fijas en especie y las *corveés* por un sistema graduado de impuestos sobre la propiedad y la extensión de la tierra, pagaderos en metálico y en grano. Los impuestos indirectos sobre las mercancías se hicieron cada vez más rentables a medida que se extendían las transacciones comerciales y la economía monetarizada [150]. La China anterior a la época T'ang había tenido una economía predominantemente de trueque, y la misma economía T'ang, que padeció una escasez crónica de cobre para la acuñación de moneda, se basaba parcialmente en la seda como medio de cambio. Sin embargo, la supresión de los monasterios budistas, a mediados del siglo IX, destesaurizó grandes cantidades de cobre e hizo más fluida la circulación monetaria. A su vez, este movimiento estuvo parcialmente inspirado por la reacción xenófoba que caracterizó al último período del dominio T'ang. La recuperación dinástica tras la crisis de mediados del siglo VIII vino acompañada por una renovada hostilidad contra las instituciones religiosas extranjeras, que acabó con el dominio del budismo dentro del sistema ideológico del Estado chino. El conservadurismo secular del pensamiento confuciano, moralista y antimístico, lo sustituyó como primera doctrina oficial del orden imperial. A partir de entonces, el imperio chino se caracterizó siempre por el carácter básicamente laico de su sistema de legitimación. El empuje oculto tras este cambio cultural provenía, a su vez, de los propietarios rurales del sur, que aportaban los contingentes más numerosos de la burocracia civil. La retirada imperial de Asia central y de Manchuria y Corea condujo a un debilitamiento general de la vieja aristocracia militar del noroeste, más receptiva al influjo extranjero, y a un reforzamiento de la posición de los funcionarios cultos dentro del Estado [151]. Al mismo tiempo, la población y la riqueza se

[149] *Ibid.*, pp. 18-20.
[150] *Ibid.*, pp. 24-65.
[151] Gernet, *Le monde chinois*, pp. 255-7.

desplazan incesantemente hacia el sur, en dirección a los valles del bajo Yangtsé. El cultivo intensivo del arroz comenzó a adquirir por vez primera una importancia fundamental con el desarrollo de los lechos de transplante, que eliminaban la necesidad de barbechos y, por tanto, aumentaban enormemente la producción.

En la siguiente época Sung, desde el siglo X al XIII, todo el orden rural adoptó, pues, una nueva configuración. La fase final del dominio de los T'ang, caracterizada por la desintegración del poder dinástico central, por la proliferación de las rebeliones regionales y por las recurrentes invasiones bárbaras del norte, presenció también la desaparición de la tradicional aristocracia militar del noroeste. La clase dirigente china del Estado Sung, cuya composición social era nueva en su mayor parte, descendía del funcionariado civil de la anterior dinastía y se convirtió en una clase ampliada y estabilizada de terratenientes letrados. El aparato de Estado se dividió en tres sectores funcionales— civil, financiero y militar— con carreras especializadas en cada uno de ellos. Asimismo se reorganizó y reforzó la administración provincial. La burocracia imperial que resultó de estos cambios era mucho más amplia que la de la época T'ang, llegando a doblar su volumen durante el primer siglo del dominio Sung. En el siglo X se estableció una carrera burocrática fija, con un ingreso controlado por medio de exámenes y una promoción determinada por la acumulación de méritos y las recomendaciones de los notables. La preparación para el sistema de grados se hizo mucho más exigente y la edad media de los graduados se elevó de los veinticinco a los treinta y cinco años. Los candidatos examinados llegaban a dominar muy pronto todos los sectores del Estado, excepto el ejército. Las carreras militares poseían formalmente el mismo rango que las civiles, pero en la práctica eran mucho menos respetadas [152]. En el siglo XI, la mayoría de los funcionarios con puestos de responsabilidad eran graduados que residían normalmente en las ciudades y controlaban propiedades rurales dirigidas por administradores y cultivadas por arrendatarios dependientes. Las más grandes de estas propiedades se concentraban en las nuevas regiones de Kiangsu, Anhwei y Chekiang, lugares de origen de la mayor parte de los candidatos al doctorado y de

[152] Twitchett, «Chinese politics and society from the Bronze Age to the Manchus», en A. Toynbee, comp., *Half the world*, Londres, 1973, p. 69.

los altos funcionarios del Estado [153]. Los campesinos que cultivaban las tierras de estos señores estaban obligados a prestaciones en trabajo y en especie y su movilidad estaba limitada por sus contratos de arrendamiento. No existe ninguna duda acerca de la importancia fundamental de este sistema de propiedad, con su fuerza de trabajo vinculada a la tierra, en la agricultura Sung. Es posible, por otra parte, que hasta el 60 por 100 o más de la población rural fuesen pequeños propietarios situados fuera del perímetro de estas grandes fincas [154]. Estos eran quienes pagaban el grueso de los impuestos rurales. La teoría legal de los Sung mantenía nominalmente la propiedad estatal de toda la tierra, pero en la práctica esa teoría siempre fue letra muerta [155]. A partir de entonces, la propiedad privada de la tierra —aunque sujeta a ciertos límites importantes— habría de caracterizar a la sociedad imperial china hasta su fin.

Su preponderancia social coincidió con grandes avances en la agricultura china. El desplazamiento de la población y los cultivos hacia el área productora de arroz de valle del bajo Yangtsé vino acompañado por el rápido desarrollo de un tercer tipo de sistema hidráulico: el drenaje de las tierras pantanosas aluviales y la recuperación del fondo de los lagos. Hubo un auge espectacular en el volumen total de proyectos de regadío, cuya incidencia media anual durante la época Sung fue más de tres veces superior a la de cualquier otra dinastía anterior [156]. Los

[153] Twitchett, *Land tenure and the social order in T'ang and Sung China*, Londres, 1962, pp. 26-7.

[154] Twitchett, *Land tenure and the social order*, pp. 28-30. El problema de la balanza real dentro de la economía Sung, entre el sector de grandes fincas *chang-yuan* y la agricultura de pequeñas propiedades, es uno de los más controvertidos en la actual historiografía sobre la época. Elvin, en su importante y reciente obra, afirma que el «señorío» chino, basado en trabajo «servil», dominaba en la mayor parte del campo, aunque concede que el número de campesinos que había fuera de esas propiedades no era pequeño: *The pattern of the Chinese past*, Londres, 1973, páginas 78-83. Sin embargo, Elvin rechaza las estimaciones cuantitativas basadas en los registros de población de la época sin ofrecer ningún cálculo alternativo, y basa excesivamente su interpretación en dos investigadores japoneses, Kusano y Sudo, cuyas opiniones no parecen gozar de plena aceptación en su propio país. Twitchett, por el contrario, critica el empleo de términos tales como el de «señorío» para designar al *chang-yuan* e insiste mucho más en la importancia relativa de los pequeños propietarios en la época Sung. Los datos actuales no parecen permitir una conclusión firme.

[155] Twitchett, *Land tenure and the social order*, p. 25.

[156] Véanse los cómputos en Needham, *Science and civilization in China*, IV, 3, pp. 282-4, depurados sobre la base de cálculos realizados inicialmente por Chi Ch'ao Ting, *Key economic areas in Chinese history*, p. 36.

señores de la época Sung invirtieron en las grandes operaciones de habilitación de tierras mucho más de lo que se invirtió en proyectos públicos. En efecto, la implantación de la propiedad privada de la tierra coincidió con el predominio del cultivo de riego del arroz dentro del conjunto de la economía agraria china; ambos fueron fenómenos nuevos de la época Sung. A partir de aquí, la gran mayor parte de las obras de regadío tuvieron siempre un carácter local y exigieron poca —o ninguna— intervención central del Estado[157]: las iniciativas de terratenientes y campesinos impulsaron la mayor parte de ellas una vez que se hubo implantado en la región del Yangtsé el ciclo mucho más productivo de la agricultura de regadío. En esta época se generalizó el uso de una maquinaria más compleja para la conducción de agua, el bombeo, la molienda y la trilla. Se mejoraron y difundieron las herramientas de cultivo: el arado, la azada, la hoz y la pala; de Vietnam se importó el arroz de Champa, de maduración temprana; se multiplicó la producción del trigo[158] y se implantaron cultivos comerciales como el cáñamo, el té y el azúcar. En conjunto, la productividad agraria y la densidad demográfica aumentaron muy rápidamente. La población de China, que desde el siglo II a. C. se había estacionado prácticamente en torno a los 50 millones de habitantes, se duplicó quizá entre mediados del siglo VIII y los siglos X al XIII, hasta alcanzar los 100 millones[159].

Mientras tanto, en la minería y la metalurgia se había experimentado un enorme progreso industrial. El siglo XI presenció un continuo aumento en la producción de carbón, que atrajo inversiones en capital y trabajo muy superiores a las de los combustibles tradicionales y que alcanzó un impresionante nivel de producción. La demanda se vio favorecida por los decisivos avances en la industria del hierro, cuya tecnología era ya extremadamente compleja (los fuelles de pistón constituían un equipo normal) y cuyas fundiciones fueron quizá las mayores del mundo hasta el siglo XIX. Se ha calculado que en el año 1078 la producción de hierro fue en el norte de los dominios Sung entre 75.000 y 150.000 toneladas, es decir, 12 veces superior a la de dos siglos antes. Es posible que la producción

[157] Dwigth Perkins, *Agricultural development in China, 1368-1968*, Edimburgo, 1969, pp. 171-2. El estudio de Perkins se refiere a la China posterior al período Yuan, pero hay muchas razones para creer que sus opiniones son válidas para la época posterior al período T'ang.
[158] Twitchett, *Land tenure and the social order*, pp. 30-1.
[159] Gernet, *Le monde chinois*, p. 281.

china de hierro en el siglo XI fuese aproximadamente igual a la producción total de Europa a comienzos del siglo XVIII[160]. Este rápido crecimiento de la industria del hierro hizo posible la multiplicación de las herramientas agrícolas, que se extendieron por el campo, así como la ampliación de las manufacturas de armas. En el mismo período se produjo también un sorprendente conjunto de nuevos inventos: se introdujeron armas de fuego para la guerra; se idearon los tipos móviles para la imprenta; la brújula magnética se utilizó como instrumento de navegación, y se fabricaron relojes mecánicos[161]. Las tres o cuatro innovaciones técnicas más famosas de la Europa renacentista habían sido anticipadas desde mucho antes por China. Las esclusas para la canalización y el timón de popa y las ruedas de paletas en las embarcaciones mejoraron todavía más los transportes[162]. La industria cerámica se desarrolló con mucha rapidez, y posiblemente los objetos de porcelana superaron por vez primera a la seda como principal artículo de exportación del imperio. La circulación de monedas de cobre aumentó enormemente, y tanto los banqueros privados como el Estado comenzaron a emitir billetes de papel. Esta combinación de progreso rural e industrial desencadenó una ola tremenda de urbanización. Hacia el año 1100, China tenía quizá hasta cinco ciudades con una población de más de un millón de habitantes[163]. Estas grandes aglomeraciones eran producto de un crecimiento económico espontáneo antes que de un programa burocrático deliberado, y se caracterizaban por un trazado urbano mucho más libre[164]. El toque de queda fue abolido en el siglo XI en la capital Sung de Kaifeng, y los viejos distritos vigilados de las ciudades imperiales dieron paso a un sistema más fluido de calles. Las nuevas comunidades mercantiles de las ciudades se beneficiaron de la llegada de la agricultura comercial, del auge de la minería, del incremento de las

[160] R. Hartwell, «A revolution in the chinese iron and coal industries during the Northern Sung, 920-1126 A. D.», *The Journal of Asian Studies*, XXI, 2, febrero de 1962, pp. 155, 160.
[161] Needham, *Science and civilization in China*, I, pp. 134, 231; IV, 2, páginas 446-65; IV, 3, p. 562. En la práctica, los tipos fijos siempre predominaron en la China imperial, porque la escritura ideográfica reducía las ventajas de los tipos móviles para ella: Gernet, *Le monde chinois*, páginas 292-6.
[162] Needham, *Science and civilization in China*, IV, 2, pp. 417-27; IV, 3, páginas 350, 357-60, 641-2.
[163] E. Kracke, «Sung society: change within tradition», *The Far Eastern Quarterly*, XIV, agosto de 1955, 4, pp. 481-2.
[164] Véase Tuan, *China*, pp. 132-5.

industrias metalúrgicas y del descubrimiento de nuevos instrumentos financieros y crediticios. El volumen de la moneda de cobre aumentó hasta 20 veces por encima de los niveles alcanzados en la época T'ang. Se produjo también un creciente dominio del comercio marítimo de larga distancia, gracias a los numerosos avances de la ingeniería naval y a la creación por vez primera de una armada imperial.

Este profundo cambio en la configuración global de la economía china en la época Sung se acentuó con la conquista del norte de China por los nómadas churches (Ju-chen) a mediados del siglo XII. El imperio Sung del sur de China, aislado de las tradicionales zonas interiores de civilización china de Asia central y Mogolia, desplazó hacia el mar su antigua orientación hacia el interior, lo que era absolutamente nuevo en la experiencia china. Simultáneamente, el peso específico del comercio urbano creció en la misma medida. El resultado de todo ello fue que, por vez primera en su historia, la agricultura dejó de proporcionar el grueso de las rentas estatales. Los ingresos imperiales procedentes de los impuestos y los monopolios comerciales ya eran en el siglo XI de un volumen igual al procedente de los impuestos sobre la tierra, pero en el Estado Sung del sur de finales del siglo XII y del XIII las rentas comerciales excedían con holgura a las agrícolas [165]. Esta nueva balanza fiscal reflejaba no sólo el crecimiento del comercio interior y exterior, sino también la ampliación de la base manufacturera de la economía, la expansión de la minería y la difusión de los cultivos comerciales en la agricultura. El imperio islámico del califato abasida había sido durante cierto tiempo —en los siglos VIII y IX— la civilización más rica y poderosa del mundo; el imperio chino de la época Sung fue sin duda alguna la economía más rica y avanzada del globo en los siglos XI y XII, y su florecimiento tuvo una mayor solidez al estar basado en la producción diversificada de su agricultura y su industria más que en las transacciones del comercio internacional. El dinamismo económico del Estado Sung estaba acompañado por un fermento intelectual, que combinaba la veneración hacia el pasado de la China antigua con nuevas exploraciones en el campo de las matemáticas, la astronomía, la medicina, la cartografía, la arqueología y otras disciplinas [166]. Los terratenientes letrados

[165] Gernet, *Le monde chinois*, p. 285.

[166] Gernet, entre otros, habla de un «Renacimiento» Sung comparable al de Europa: *Le monde chinois*, pp. 290-1, 292-302. Pero la analogía es insostenible, porque los eruditos chinos nunca dejaron de estar preocupados con el pasado antiguo, y no hubo un claro proceso de *ruptura* cultural tal como el que caracterizó al redescubrimiento renacentista de la Antigüedad clásica en Europa. El propio Gernet advierte con elocuencia en otros lugares de su obra contra la abusiva importación de períodos y conceptos propios de Europa a la historia china, e insiste en la necesidad de forjar nuevos conceptos específicos y adecuados a la experiencia de aquel país: *Le monde chinois*, pp. 571-2.

que ahora gobernaban en China se caracterizaban por el desdén de los mandarines hacia los deportes físicos y los ejercicios militares y por un culto deliberado hacia los pasatiempos estéticos e intelectuales. En la cultura de la época Sung se combinaban las especulaciones cósmicas con un neoconfucionismo sistematizado.

La conquista de China por los mogoles en el siglo XIII puso a prueba la resistencia del sistema socioeconómico que había madurado en esta era feliz. Una zona considerable de la China del Norte quedó inicialmente «pastoralizada» por los nuevos dirigentes nómadas, bajo cuyo dominio se produjo una decadencia general de la agricultura. Los posteriores esfuerzos de los emperadores Yuan por remediar la situación agraria tuvieron poco éxito [167]. Las innovaciones industriales se paralizaron casi por completo, y el avance técnico más notable de la época mogol parece haber sido, quizá de forma significativa, la fundición de cañones de hierro [168]. La carga tributaria de las masas rurales y urbanas aumentó a la par que se introducía el registro hereditario de sus ocupaciones, con objeto de inmovilizar la estructura de clase del país. Las rentas y las tasas de interés se mantuvieron altos y el endeudamiento campesino aumentó incesantemente. La dinastía Yuan mostró poca confianza en los mandarines chinos, pese a que los terratenientes del sur se habían pasado al ejército invasor. El sistema de exámenes fue abolido a la vez que se reforzaba la autoridad imperial central; se reorganizó la administración provincial y la recaudación fiscal se arrendó a los gremios extranjeros de uiguros, de quienes dependían en buena medida los dirigentes mogoles por su pericia para la administración y los negocios [169]. Por otra parte, la política de los Yuan favoreció a la empresa mercantil y estimuló el comercio. La integración de China en el extenso sistema imperial mogol provocó la entrada de los mercaderes árabes de Asia central y la expansión del comercio maríti-

[167] H. F. Schurmann, *Economic structure of the Yuan dynasty*, Cambridge (Massachusetts), 1956, pp. 8-9, 29-30, 43-8.

[168] Needham, *Science and civilization in China*, I, p. 142.

[169] Schurmann, *Economic structure of the Yuan dynasty*, pp. 8, 27-8; Dawson, *Imperial China*, pp. 186, 197.

mo internacional. Se introdujo una moneda nacional de papel y se estableció un transporte de cabotaje a gran escala para el aprovisionamiento de grano del norte, donde se había fundado una nueva capital en Pekín. Simultáneamente, se completó el impresionante Gran Canal, que unía los centros económicos y políticos del país en una continua vía fluvial. Pero la discriminación étnica de la dinastía provocó la enemistad de la mayor parte de los terratenientes, y la intensidad de sus exacciones financieras, la depreciación de sus emisiones fiduciarias y la difusión de un sistema señorial opresivo empujaron al campesinado a la rebelión armada. El resultado fue la insurrección social y nacional que acabó con el dominio mogol en el siglo XIV, instalando a la dinastía Ming.

El nuevo Estado representaba, con algunas modificaciones significativas, una reafirmación de la estructura política tradicional del dominio de los terratenientes letrados. El sistema de exámenes se restauró inmediatamente, pero para evitar el monopolio de cargos por el sur se estableció un sistema regional de cuotas que reservaba el 40 por 100 de los doctorados a los candidatos del norte. Los grandes propietarios del Yangtsé fueron trasladados a la nueva capital Ming de Nanking, donde su residencia forzosa facilitaba el control gubernamental. Al mismo tiempo se abolió el secretariado imperial, que tradicionalmente constituía un impedimento para la voluntad arbitraria del emperador. Bajo el gobierno de los Ming se incrementó el carácter autoritario del Estado, cuyos sistemas de policía y de vigilancia secreta se hicieron mucho más amplios e implacables que los de la dinastía Sung [170]. La política de la corte se vio dominada cada vez más por un numeroso cuerpo de eunucos (situados por definición al margen de las normas confucianas de autoridad y responsabilidad paternas) y por violentas luchas faccionales. La solidaridad de la burocracia letrada se debilitó con la inseguridad de la posesión del cargo y la división de las obligaciones, mientras que en el sistema de grados se retrasaba continuamente la edad de la graduación final. En un primer momento se creó un gran ejército de más de tres millones de hombres, que en su mayor parte fue posteriormente diluido en una red de colonos militares. La principal innovación fiscal del Estado Ming fue la imposición sistemática de prestaciones de trabajo público sobre la población rural y urbana, que fue organizada para ejecutarlos en unidades «comunitarias» cuidadosamente vigiladas.

[170] Dawson, *Imperial China*, pp. 214-15; 218-19; Twitchett, «Chinese politics and society», pp. 72-3.

En el campo tendieron a desaparecer los restrictivos contratos de arrendamiento de la época Sung [171], mientras se mantenían, aunque de forma flexible, los registros de ocupaciones hereditarias del régimen Yuan. Con el restablecimiento de la paz civil y la mitigación de los arrendamientos, las fuerzas de producción rurales volvieron a conseguir una vez más prodigiosos avances. El fundador de la dinastía Ming, el emperador Hung-wu, impulsó oficialmente un vasto programa de recuperación agraria con objeto de remediar las devastaciones del gobierno mogol y las destrucciones causadas por los levantamientos que acabaron con él. Se organizó la habilitación de tierras para el cultivo, se restauraron y ampliaron las obras hidráulicas y, bajo las instrucciones del Estado imperial, se llevó a cabo una reforestación sin precedentes en el país [172]. Los resultados fueron rápidos y espectaculares. A los seis años de la caída de los Yuan, el volumen de los impuestos en grano recibidos por la tesorería central casi se había triplicado. El ímpetu inicial que esta reconstrucción desde arriba imprimió a la economía rural, puso en marcha por abajo un crecimiento agrícola extremadamente rápido. En los valles y llanuras se expandió y mejoró sin cesar el cultivo de arroz por medio de regadíos, gracias a la difusión, desde el bajo Yangtsé hasta Hopei, Hunan y Fukien, de las variedades de maduración rápida y de la doble cosecha. En el sudoeste se colonizó Yunan. Las tierras marginales del sur se sembraron de trigo, cebada y mijo, adoptados del norte. Los cultivos comerciales de añil, azúcar y tabaco tomaron un volumen mucho mayor. La población de China, que probablemente había descendido bajo el dominio de los Ming hasta unos 65-80 millones de habitantes, volvió a crecer rápidamente a consecuencia de este progreso hasta alcanzar entre 120 y 200 millones por el año 1600 [173]. En las ciudades experimentaron un notable desarrollo las telas de seda, las cerámicas y el refinado del azúcar, mientras que los textiles de

[171] Esta es, al menos, la opinión más corriente. Elvin sitúa el final del sistema de arrendamiento «servil» mucho después, a principios de la época Ch'ing, a la que considera como el primer período en el que se generalizó la pequeña propiedad privada en el campo: *The pattern of the Chinese past*, pp. 247-50.

[172] Gernet, *Le monde chinois*, pp. 341-2.

[173] Ping-Ti Ho, *Studies on the population of China, 1368-1953*, Cambridge (Massachusetts), 1969, pp. 101, 277; Perkins, *Agricultural development in China*, pp. 16, 194-201, 208-9.

algodón llegaban por vez primera al uso popular, sustituyendo a las tradicionales prendas de cáñamo. La adopción de los nuevos paños por el campesinado hizo posible la creación de importantes centros manufactureros para la producción de tela. A finales de la era Ming, la región de Singkiang agrupaba quizá a unos 200.000 artesanos de la industrial textil. El comercio interregional unificó progresivamente al país, a la par que se producía un avance notable hacia la implantación de un nuevo sistema monetario. El papel moneda fue abandonado poco después de mediados del siglo XV a causa de las sucesivas devaluaciones; finalmente, se importó de América (vía Filipinas) y de Japón un creciente volumen de plata, que llegó a constituir el medio de intercambio dominante dentro de China hasta que finalmente fue adoptado en buena medida por el sistema fiscal.

El gran auge inicial de la economía Ming no se mantuvo, sin embargo, en el segundo siglo de dominio de la dinastía. Los primeros frenos a su crecimiento se hicieron evidentes en la agricultura: desde el año 1520 comenzaron a caer los precios de la tierra al descender la rentabilidad de las inversiones rurales para la clase terrateniente [174]. Es posible que descendiera también el crecimiento de la población. Las ciudades, por otra parte, mostraban todavía exteriormente una gran prosperidad comercial, con mejoras en los métodos de producción de algunas de las viejas manufacturas y con un aumento en el suministro de metales preciosos. Pero al mismo tiempo, y en un plano más fundamental, la tecnología industrial dejó de mostrar ningún nuevo dinamismo. Bajo el dominio de los Ming no parece que se produjera ningún invento urbano de importancia, mientras que se abandonaban u olvidaban algunos avances anteriores (los relojes y las esclusas) [175]. El empleo de materias primas por la industria textil progresó del cáñamo al algodón, pero con ello se abandonaron las ruedas para el hilado mecánico que se utilizaban en la confección de los paños de cáñamo en el siglo XIV, lo que supuso una grave regresión técnica. También desde el punto de vista organizativo, las manufacturas rurales del algodón retrocedieron a la industria de casa de labor, mientras que la producción de telas de cáñamo había desarrollado un sistema de trabajo a domicilio bajo el control de los mercaderes [176]. La expansión naval alcanzó su apogeo a principios del siglo XV, cuando los juncos chinos, de tonelaje muy

[174] Gernet, *Le monde chinois*, pp. 370-1.
[175] Needham, *Science and civilization in China*, IV, 2, p. 508; IV, 3, p. 360.
[176] Elvin, *The pattern of the Chinese past*, pp. 195-9, 162, 274-6.

superior a los navíos europeos de la época, atravesaban los océanos en dirección a Arabia y Africa. Pero estas expediciones marítimas se abandonaron a mediados del mismo siglo, y la armada imperial fue completamente desmantelada en un contragolpe de los terratenientes y burócratas que presagiaba un mayor oscurantismo e involución oficiales [177]. El clima indigenista y restauracionista de la cultura Ming, que procedía de la reacción xenófoba contra el dominio mogol, parece haber conducido a un «desplazamiento» al campo filológico y literario de la actividad intelectual, acompañado de un interés decreciente por la ciencia y la técnica. Políticamente, el Estado imperial Ming reprodujo enseguida una trayectoria más o menos conocida: la ostentación palaciega, la corrupción administrativa y la evasión de impuestos por los terratenientes agotaron su tesorería y provocaron una creciente presión sobre el campesinado, cuyas prestaciones de trabajo fueron conmutadas por impuestos en dinero, que subían sin parar a medida que el régimen era objeto de ataques desde el exterior. La piratería japonesa infestaba los mares, cerrando definitivamente el intervalo de poderío marítimo de China; las correrías de los mogoles se renovaron en todo el norte, provocando una gran destrucción, y, en fin, los ataques expedicionarios de Japón contra Corea sólo pudieron ser resistidos gracias a enormes inversiones en los ejércitos imperiales [178]. Así, el crecimiento económico y demográfico del país se detuvo gradualmente durante el siglo XVI, coincidiendo con la decadencia política del gobierno y el precio militar de su incompetencia. A principios del siglo XVII, cuando las primeras incursiones manchúes alcanzaron el nordeste de China, la seguridad interior del reino Ming ya se estaba desmoronando a medida que las hambres asolaban el campo y las deserciones socavaban el ejército. Las revueltas de los usurpadores y las insurrecciones de los campesinos inundarían muy pronto a todo el país, desde Shensi y Szechuan hasta Kiangsu.

Así pues, la conquista manchú ya estaba preparada por las condiciones internas de China bajo los últimos emperadores Ming: los interminables ataques, que se extendieron durante dos generaciones, llevaron las banderas tunguses desde Muk-

[177] Needham, *Science and civilization in China*, IV, 3, pp. 524-7, resume las hipótesis actuales sobre las razones de este cambio repentino.
[178] Sobre las vicisitudes de la última época del régimen Ming, véase Dawson, *Imperial China*, pp. 247-9, 256-7.

den hasta Cantón. En 1681 ya estaba ocupada toda la China continental. La nueva dinastía Ch'ing, una vez en el poder, habría de repetir en una escala ampliada el mismo ciclo económico que su predecesora. Políticamente, su gobierno fue una mezcla de tradiciones Yuan y Ming. La clase dirigente manchú conservó el separatismo étnico, acantonó en el país sus propios regimientos o banderas y monopolizó los altos mandos militares del Estado [179]. Los generales-gobernadores manchúes, que dirigían dos provincias simultáneamente, estaban por encima de los gobernadores chinos, a cargo de la administración de una sola provincia. La clase terrateniente china quedó, sin embargo, en posesión de la burocracia civil, y el sistema de exámenes se purificó con objeto de equilibrar la representación provincial. La tradicional censura que ejercía el Estado imperial sobre la cultura fue reforzada. Durante cerca de un siglo, desde 1683 a 1753, el gobierno manchú redujo los impuestos, detuvo la corrupción, conservó la paz interior y fomentó la colonización interior. La expansión de los cultivos procedentes de América a través de las Filipinas —maíz, patatas, cacahuetes, boniatos— permitió por vez primera la conquista agrícola de las colinas de suelo poco profundo. La emigración campesina hacia las tierras altas forestales, habitadas hasta entonces por pueblos tribales, se propagó con rapidez y produjo el rescate de grandes zonas de tierra para el cultivo. Las semillas de arroz se mejoraron todavía más hasta conseguir cosechas en menos de la mitad del tiempo requerido por las primeras variedades de maduración rápida de la época Sung. La extensión y la productividad agrícolas volvieron a crecer sin interrupción, permitiendo un explosivo aumento demográfico, que esta vez superó todas las marcas anteriores. La población de China se duplicó o triplicó entre 1700 y 1850, año en que alcanzó los 430 millones de habitantes [180]. Mientras que la población total de Europa aumentaba de 144 a 193 millones de habitantes entre 1750 y 1800, se ha calculado que la población de China subió de 143 a 360 millones entre 1741 y 1812. La producción más intensiva de arroz, que siempre fue superior al cultivo de cereales de secano, hizo posible una densidad demográfica sin paralelo en el mundo occidental [181]. Al mismo tiempo, las conquistas militares machúes —que pusieron por vez primera en la historia a Mogolia, Sinkiang y el Tíbet bajo control de China— aumentaron significativamente el territorio potencial susceptible de colonización y cultivo. Los soldados y funcionarios de los Ch'ing extendieron hasta las profundidades de Asia central las fronteras continentales chinas.

[179] Los soldados chinos de la «bandera verde» formaban un ejército subordinado del Estado Ch'ing. El dualismo que existía entre los regimientos manchúes y chinos se mantuvo hasta los últimos años de la dinastía, a comienzos del siglo XX: V. Purcell, *The Boxer uprising*, Cambridge, 1963, pp. 20-4.

[180] Ping-Ti Ho, *Studies on the population of China*, pp. 208-15.

En el siglo XIX, sin embargo, se produjo de nuevo un relativo estancamiento económico en la agricultura. La erosión del suelo arrasó la mayor parte de los cultivos de las colinas y provocó inundaciones en los sistemas de regadío; la usura y el sistema señorial superexplotador campaban por sus respetos en las regiones más fértiles, y la superpoblación campesina comenzaba a hacerse evidente en las aldeas [182]. En la segunda mitad del siglo XVIII, durante el reinado del emperador Ch'ien Lung, la expansión militar manchú y el dispendio de la corte ya habían situado de nuevo la presión fiscal a unos niveles intolerables. En el año 1795 estalló en el noroeste la primera gran insurrección campesina, que fue liquidada con dificultad tras ocho años de lucha. Inmediatamente después, las manufacturas urbanas entraron también en un período de crisis galopante. Durante el siglo XVIII se había producido un renacimiento de la prosperidad comercial en las ciudades. Los textiles, la porcelana, la seda, el papel, el té y el azúcar habían experimentado una fuerte alza durante la paz Ch'ing. El comercio exterior aumentó considerablemente, impulsado por la nueva demanda europea de productos chinos, aunque a finales de siglo producía tan sólo alrededor de una sexta parte de los ingresos fiscales procedentes del comercio interior. Pero en el modelo de la industria china no se produjo ningún cambio cualitativo. Los grandes avances en la siderurgia de la época Sung no fueron seguidos por ningún proceso similar en la China moderna; no se produjo ningún desarrollo de la industria de bienes de producción. Las industrias de artículos de consumo, que desde la época Ming siempre habían sido las más boyantes, tampoco produjeron ningún avance tecnológico decisivo en la época Ch'ing y ni siquiera se había extendido en ellas de forma sig-

[181] Gernet, *Le monde chinois*, p. 424. Todavía hoy la productividad internacional media del arroz es superior en un 75 por 100 por ha a la del trigo. Es el siglo XVIII, la ventaja del arroz chino sobre el trigo europeo era mucho mayor.

[182] Dawson, *Imperial China*, pp. 301-2; Ho, *Studies on the population of China*, pp. 217-21.

nificativa la utilización de trabajo asalariado a principios del siglo XIX. La balanza global entre los sectores urbano y rural de la economía bajo el dominio manchú se revela en el enorme predominio en el sistema fiscal de las capitaciones y los impuestos sobre la tierra que, hasta finales del siglo XVIII, ascendieron al 70 y 80 por 100 de los ingresos totales del Estado Ch'ing [183]. Por otra parte, y desde mediados del siglo XIX, la expansión imperialista europea comenzó a atacar por vez primera al comercio y las manufacturas tradicionales de China y a dislocar todo el aparato defensivo del Estado Ch'ing. La primera forma de presión occidental fue esencialmente comercial: el ilícito tráfico de opio realizado por las compañías inglesas en la China del Sur desde la segunda década del siglo XIX ocasionó al gobierno manchú un déficit en el comercio exterior al aumentar las importaciones de narcóticos. La creciente crisis de la balanza de pagos se agravó con la caída de la plata en el mercado mundial, que condujo a una depreciación de la moneda china y a una galopante inflación interior. El intento de los Ch'ing de detener el comercio del opio fue liquidado por la fuerza de las armas en la guerra anglo-china de 1841-2.

Estos reveses económicos y militares, acompañados por una inquietante penetración ideológica del exterior, fueron seguidos por el gran terremoto social de la rebelión de los Taiping. Durante quince años, de 1850 hasta 1864, esta enorme insurrección campesina y plebeya —sin duda alguna la mayor rebelión popular que se produjo en todo el mundo durante el siglo XIX— sacudió los cimientos del imperio. Los soldados del «Reino Celeste», inspirados por los ideales igualitarios y puritanos de la doctrina Taiping, conquistaron la mayor parte de la China central. Mientras tanto, la China del Norte era sacudida por otros levantamientos rurales de los rebeldes Nien, y las minorías étnicas y religiosas oprimidas —sobre todo las comunidades musulmanas— explotaban en diferentes revueltas en Kweichow, Yunan, Shensi, Kansu y Sinkiang. Las feroces guerras de represión desencadenadas por el Estado Ch'ing contra estos sucesivos levantamientos de los pobres se prolongaron durante cerca de tres décadas. Hasta 1878 no acabaron las operaciones de los manchúes, con la «pacificación» definitiva de Asia central. Las pérdidas totales de estas luchas gigantescas ascendieron quizá a 20 ó 30 millones de personas, y la destrucción agraria fue del mismo orden. La rebelión de los Taiping, junto

[183] Gernet, *Le monde chinois*, p. 424.

con el resto de las insurrecciones, selló la irreversible decadencia del sistema político manchú. El Estado imperial intentó levantar sus finanzas por medio de nuevos impuestos comerciales, cuyo valor global se multiplicó por siete entre 1850 y 1910, lo que supuso una carga que debilitó todavía más a las industrias interiores, precisamente en el momento en que estaban siendo dañadas por una impresionante competencia extranjera [184]. Los textiles de algodón de Inglaterra y Norteamérica hundieron la producción autóctona; el té de la India y de Ceilán arruinó las plantaciones locales; las sedas japonesas e italianas se adueñaron de los tradicionales mercados de exportación. La presión militar imperialista se hizo cada vez más dura hasta culminar en la guerra chino-japonesa de 1894-5. Las humillaciones ante el extranjero provocaron una turbulencia interior (rebelión de los bóxer) que condujo a nuevas intervenciones extranjeras. El Estado Ch'ing, tambaleándose bajo estos múltiples golpes, fue demolido finalmente por la revolución republicana de 1911, en la que una vez más se mezclaron diversos elementos sociales y nacionales.

La agonía final y la muerte del gobierno imperial en China imprimieron en los observadores europeos del siglo XIX la idea de que se trataba de una sociedad esencialmente estancada, que se desmoronaba ante la irrupción del Occidente dinámico. Pero en una perspectiva más amplia, el espectáculo del derrumbamiento del Estado Ch'ing era engañoso. En efecto, todo el curso de la historia imperial china, desde la época Tang hasta la Ch'ing, revela en determinados aspectos básicos un desarrollo profundamente acumulativo. El enorme aumento de la población del país, que pasó de unos 65 millones en 1400 a 430 en 1850 —un avance demográfico que dejó muy atrás al de Europa en el mismo período—, testifica por sí solo el volumen de la expansión de las fuerzas de producción en China tras la época Yuhan. Si se consideran en una perspectiva secular, los avances agrícolas experimentados a comienzos de la China moderna fueron notables. El enorme crecimiento demográfico, que multiplicó por seis el número de habitantes en el transcurso de cinco siglos, parece haber sido constantemente igualado por el aumento en la producción de cereales hasta el mismo fin del propio orden imperial; de hecho, la renta percápita fue relativamente estable desde 1400 hasta 1900 [185]. El gran au-

[184] Gernet, *Le monde chinois*, pp. 485-6.
[185] Perkins, *Agricultural development in China*, pp. 14-15, 32.

mento experimentado por la producción total de grano durante este medio milenio se ha atribuido en partes aproximadamente iguales a la expansión cuantitativa de la tierra cultivada y a la mejora cualitativa de las cosechas, cada una de las cuales parece haber contribuido a la mitad aproximada del crecimiento total de la producción [186]. Dentro de la parte que en este progreso corresponde a las cosechas, la mitad de las mejoras registradas se debe probablemente al uso de mejores semillas y a la introducción de nuevas plantas y de la doble cosecha, mientras que la otra mitad se podría deber a la mayor utilización del control del agua y de los fertilizantes [187]. Al final de esta larga evolución, y a pesar de los últimos y desastrosos años del gobierno Ch'ing, los niveles de productividad en el cultivo arrocero de China se situaban muy por encima de los de otros países asiáticos, tales como la India o Tailandia. Con todo, este modelo de desarrollo agrario estuvo desprovisto casi por completo de mejoras tecnológicas importantes después de la época Sung [188]. El aumento en la producción de grano se debió invariablemente a un cultivo más extensivo de la tierra, a una aplicación más intensiva del trabajo, a la plantación de semillas más variadas y al uso más extendido del riego y los fertilizantes. Por lo demás, la tecnología rural permaneció estacionaria.

También es posible que las relaciones de propiedad hayan cambiado relativamente poco tras la época Sung, aunque en este campo la investigación todavía es fragmentaria e insegura. Se ha calculado recientemente que, desde el siglo XI al XIX, el índice global de tenencia en arrendamientos por los campesinos sin tierra puede situarse, de forma prácticamente constante, en torno al 30 por 100 [189]. El Estado Ch'ing dejó tras de sí una configuración rural que era, en realidad, un expresivo resumen de las tendencias seculares de la historia agrícola de China. En las décadas de 1920 y 1930, probablemente el 50 por 100 de los campesinos chinos eran propietarios de las tierras que ocupaban, el 30 por 100 eran arrendatarios y otro 20 por 100 eran simultáneamente propietarios y arrendatarios [190]. La

[186] *Ibid.*, pp. 33, 37.
[187] *Ibid.*, pp. 38-51, 60-73.
[188] *Ibid.*, pp. 56-8, 77. Una excepción insólita parece haber sido la introducción del molino de viento, cuyos primeros testimonios datan de principios del siglo XVII.
[189] Perkins, *Agricultural development in China*, pp. 98-102.
[190] R. H. Tawney, *Land and labour in China*, Londres, 1937, p. 34.

usura estaba tan extendida que un propietario nominal era «frecuentemente poco más que el arrendatario de un préstamista» [191]. Las tres cuartas partes de la tierra cultivada por arrendatarios estaban arrendadas, durante la época Ch'ing, por rentas fijas en especie o dinero, lo que permitía formalmente las mejoras en la productividad para beneficio del productor directo. Una cuarta parte de la tierra, situada en su mayoría en las regiones más pobres del norte, donde el arrendamiento era menos importante, se regía por acuerdos de aparcería [192]. A finales de la época Ch'ing se comercializaba, a lo sumo, un 30 ó 40 por 100 del producto agrícola [193]. Las fincas de los terratenientes, concentradas en la región del Yangtsé, el sur y Manchuria, cubrían la mayor parte de la tierra más productiva. El 10 por 100 de la población rural poseía el 53 por 100 de la tierra cultivada, y la extensión de la propiedad media de los terratenientes era 128 veces mayor que la de la parcela media del campesino [194]. Las tres cuartas partes de los terratenientes eran propietarios absentistas. Las ciudades formaban los núcleos de los distintos círculos concéntricos de la propiedad y la producción agraria: la tierra suburbana estaba monopolizada por los comerciantes, los funcionarios y los terratenientes y se destinaba a los cultivos industriales y a la horticultura; más allá se situaban los campos de arroz y trigo, destinados al comercio y dominados por los terratenientes; por último, en las regiones más altas o más inaccesibles estaban las míseras parcelas de los campesinos. Las ciudades provinciales se habían multiplicado durante la época Ch'ing, pero la sociedad china estaba proporcionalmente más urbanizada en la época Sung, más de quinientos años antes [195].

Porque, en efecto, las fuerzas de producción parecen haber tomado en la China imperial una curiosa forma espiral tras las grandes revoluciones socioeconómicas de la era Sung en los siglos X-XIII. Sus movimientos se repitieron en planos cada vez más altos, sin desviarse nunca de la línea central, hasta que finalmente esta recurrencia dinámica se vio quebrada y aplastada por fuerzas exteriores a su formación social y tradi-

[191] *Ibid.*, p. 36.
[192] Perkins, *Agricultural development in China*, pp. 104-6.
[193] *Ibid.*, pp. 114-5, 136.
[194] Ho, *Studies on the population of China*, p. 222.
[195] Elvin, *The pattern of the Chinese past*, pp. 176-8: el porcentaje de población que vivía durante el siglo XII en ciudades de más de 100.000 habitantes se situaba quizá entre el 6 y el 7,5 por 100, mientras que en el año 1900 era sólo del 4 por 100.

cional. La paradoja de este movimiento peculiar de la historia china de la época moderna es que la mayoría de las condiciones previas puramente técnicas para la industrialización capitalista se habían alcanzado mucho antes en China que en Europa. A finales de la Edad Media, China llevaba una amplia y decisiva ventaja tecnológica sobre Occidente, y se había anticipado en varios siglos a prácticamente todos los inventos clave de la producción material cuya combinación habría de liberar el dinamismo económico de la Europa renacentista. Todo el desarrollo de la civilización imperial china puede considerarse en cierto sentido, efectivamente, como la más grandiosa demostración y la más profunda experiencia del poder y de la impotencia de la técnica en la historia [196]. Los avances enormes y sin precedentes de la economía Sung —especialmente en la metalurgia— se malograron en las épocas posteriores: la transformación radical de la industria y de la sociedad que prometían nunca tuvo lugar. En este sentido, todo parece indicar que la época Ming es la clave del enigma chino, que futuros historiadores habrán de resolver, porque fue en este momento cuando, a pesar de los impresionantes avances iniciales por mar y tierra, los mecanismos del crecimiento científico y tecnológico de las ciudades parecen detenerse o dar marcha atrás [197]. A partir de comienzos del siglo XVI, precisamente cuando el Renacimiento de las ciudades italianas se extiende hasta abarcar a toda la Europa occidental, las ciudades chinas dejaron de suministrar al imperio impulsos o innovaciones fundamentales. De forma significativa quizá, la última gran creación urbana fue la construcción de la nueva capital de Pekín por los Yuan. La dinastía Ming trató inútilmente de restablecer el centro político del país en la vieja ciudad de Nanking, pero no añadió ninguna nueva creación propia. Económicamente, además, las sucesivas etapas de la formidable expansión agraria tuvieron lugar sin ningún equivalente industrial comparable y sin recibir ningún impulso tecnológico de la economía urbana, hasta que finalmente el propio crecimiento urbano tropezó con los límites insuperables de la superpoblación y de la escasez de tierra. Parece claro, pues, que dentro de sus propios límites, la agricultura china tradicional alcanzó su punto culminante de posibilidades en la primera época Ch'ing, cuando sus niveles de productividad eran muy superiores a los de la agricultura europea contemporánea, y que a partir de entonces sólo habría podido mejorar con la introducción de productos específicamente industriales, como los fertilizantes químicos o la tracción mecánica [198]. La incapacidad del sector urbano para generar estos productos fue decisiva para el bloqueo de toda la economía china. La presencia de un vasto mercado interior,

[196] Esta es, en efecto, la inolvidable lección del magistral y apasionante libro de Needham, cuyo alcance no tiene precedentes en la historiografía moderna. Es preciso decir, sin embargo, que la apresurada clasificación de Needham de la sociedad imperial china como «burocratismo feudal» queda claramente por debajo del nivel científico que tiene el conjunto de su obra. La unión de ambos no hace al término «feudalismo» más aplicable ni al término «burocracia» menos perogrullesco para definir a la formación social china a partir del año 200 a. C. Needham es en realidad demasiado lúcido como para no darse cuenta de esto, y nunca lo utiliza de forma categórica. Véase, por ejemplo, esta reveladora afirmación: «La sociedad china era un burocratismo (o quizá un feudalismo burocrático), es decir, un tipo de sociedad desconocido en Europa». *Science an civilization in China*, II, p. 377. La última frase es la verdaderamente operativa: el «es decir» reduce implícitamente los predicados antecedentes a su verdadero papel. Needham advierte expresamente en otro lugar contra la identificación del «feudalismo» o el «burocratismo feudal» de China con cualquier otra cosa designada con estas mismas palabras en la experiencia europea (IV, 3, p. 263), con lo que pone radicalmente en cuestión (¿de forma involuntaria?) la utilidad de un concepto común para referirse a ambos.

[197] Los avances en campos tales como la medicina y la botánica parecen haber sido una excepción. Véase Needham, *Science and civilization in China*, III, *Mathematics and the Sciences of the heavens and the earth*, Cambridge, 1959, pp. 437, 442, 457; IV, 2, p. 508; IV, 3, p. 526.

[198] Elvin ha analizado con la mayor amplitud este callejón sin salida: *The pattern of the Chinese past*, pp. 306-9 *ss*. El gran mérito del libro de Elvin es el de haber planteado con más claridad que cualquier otro estudio las paradojas centrales de la economía china a principios de la era moderna, tras el florecimiento de la época Sung. Pero su solución al problema del estancamiento imperial es demasiado estrecha y superficial para ser convincente. La expresión «trampa de alto equilibrio» que utiliza para describir el bloqueo de la economía tras el período Sung no lo explica en realidad, y se limita a replantear el problema con un aire engañosamente técnico. El alto equilibrio sólo se alcanzó en la agricultura, que, a pesar de las apariencias, es todo lo que estudia realmente el análisis final de Elvin. El «equilibrio» en la industria fue, por el contrario, más bien bajo. En otras palabras, el estudio de Elvin elude el problema de por qué no se produjo una revolución industrial en las ciudades que proporcionase inversiones «científicas» en la agricultura. Las observaciones con las que rechaza las explicaciones sociológicas de las limitaciones de la industria china (pp. 286-96) son demasiado tajantes para ser convincentes, y además están en claro desacuerdo con su propio estudio sobre las condiciones de la industria textil (pp. 279-82). En general, *The pattern of the Chinese past* sufre de una falta de verdadera integración o articulación de sus análisis económicos y sociales, que se desarrollan en niveles separados. La tentativa final de una explicación «puramente» económica del estancamiento chino es claramente inadecuada.

que penetraba profundamente en el campo, y de importantes acumulaciones de capital mercantil parecían crear las condiciones propicias para la aparición de un verdadero sistema fabril que combinase el equipo mecanizado con el trabajo asalariado. Pero en realidad nunca se dio el salto a una producción en masa de bienes de consumo por medio de máquinas ni a la transformación de los artesanos urbanos en un proletariado industrial. El crecimiento agrícola alcanzó su plenitud mientras se descuidaba el potencial industrial.

Esta profunda desproporción puede obedecer, sin duda, a la estructura de la sociedad y el Estado chinos, porque, como ya hemos visto, los modos de producción de toda formación social precapitalista son especificados siempre por el aparato político-jurídico de dominación de clase que impone su peculiar coerción extraeconómica. La propiedad privada de la tierra —medio básico de producción— se desarrolló mucho más en la civilización china que en la islámica, y sus distintas trayectorias se vieron ciertamente marcadas por esa diferencia fundamental. A pesar de ello, los conceptos chinos de propiedad se quedaron todavía muy por detrás de los europeos. La propiedad conjunta de la familia estaba muy extendida entre los terratenientes y, además, los derechos de prioridad y de reventa limitaban las ventas de tierra [199]. El capital urbano mercantil se vio afectado por la falta de toda clase de normas de primogenitura y por la monopolización estatal de algunos sectores clave de la producción interior y de las exportaciones al extranjero [200]. El arcaísmo de los vínculos de clan —de los que carecían los grandes estados islámicos— reflejaba la falta de un verdadero sistema de derecho civil. La costumbre o el parentesco sobrevivieron como poderosos conservadores de la tradición ante la falta de un derecho codificado. Las prescripciones legales del Estado tenían un carácter esencialmente punitivo, se referían únicamente a la supresión del delito y no proporcionaban ningún marco jurídico positivo para la dirección de la vida económica [201]. De modo similar, la cultura china

[199] H. F. Schurmann, «Traditional property concepts in China», *The Far Eastern Quarterly*, XV, 4, agosto de 1956, pp. 507-16, insiste con fuerza en estos límites de los conceptos chinos de propiedad privada agrícola.

[200] Balazs, *Chinese civilization and bureaucracy*, subraya especialmente la función inhibidora de los monopolios estatales y de la propiedad imperial de la mayor parte del suelo urbano (pp. 44-51).

[201] En este punto han insistido la mayor parte de los investigadores. Véase, por ejemplo, D. Bodde y C. Morris, *Law in imperial China*, Cambridge (Massachusetts), 1967, pp. 4-6. «El derecho oficial siempre actuaba

no fue capaz de desarrollar el concepto teórico de leyes de la naturaleza más allá del ingenio práctico de sus invenciones técnicas o de los refinamientos de su astronomía oficialmente patrocinada. Sus ciencias tendían a ser clasificatorias antes que causales y aceptaban las irregularidades —que a menudo detectaban de forma más penetrante que las contemporáneas ciencias de Occidente— dentro de una cosmología elástica, sin intentar enfrentarse a ellas y explicarlas. De ahí su peculiar carencia de paradigmas determinados, cuya falsación pudiera conducir a revoluciones teóricas dentro de ellas [202]. Por otra parte, la rígida división social entre letrados y artesanos impidió el decisivo encuentro entre la teoría matemática y la experimentación que produjo en Europa el nacimiento de la física moderna. Por consiguiente, la ciencia china siempre tuvo un carácter vinciano más que galileano, en frase de Needham [203], nunca cruzó la línea divisoria que lleva al «universo de la precisión».

A largo plazo, la ausencia de leyes jurídicas y naturales en el conjunto de tradiciones superestructurales del sistema imperial no podía dejar de inhibir sutilmente a las manufacturas urbanas, situadas en unas ciudades que nunca consiguieron la autonomía cívica. Los mercaderes del Yangtsé acumularon con frecuencia grandes fortunas comerciales, y los banqueros de Shensi extendieron sus ramas por todo el país en la época Ch'ing. Pero el capital mercantil o financiero de China no afectó para nada al específico proceso de producción. Con pocas excepciones, el estadio intermedio de un sistema de trabajo a domicilio no se desarrolló en la economía de las ciudades. Los comerciantes mayoristas trataban con contratistas, los cuales compraban directamente a los productores artesanos y vendían

en un sentido vertical, del Estado a los individuos, antes que en un plano horizontal, entre dos individuos.» Bodde afirma que la cultura china no mantuvo en ninguna época la idea de que el derecho escrito pudiera ser de origen divino, en contraposición con la jurisprudencia islámica, por ejemplo (p. 10).

[202] Véase el excelente estudio de S. Nakayama, «Science and technology in China», *Half the world*, pp. 143-4; las irregularidades astronómicas que trastornaban los cálculos tradicionales eran aceptadas con amable calma, con el dicho que «incluso los cielos se extravían en ocasiones».

[203] Needham ha ofrecido algunos análisis elocuentes: *Science and civilization in China*, II, *History of scientific thought*, Cambridge, 1956, páginas 542-3, 582-3; II, pp. 150-68; *The grand titration*, Londres, 1969, páginas 36-7, 39-40, 184-6, 299-330. Needham opina que existía una estrecha conexión entre el atraso sectorial de la física y la heteronomía social de la clase mercantil en la China imperial.

los productos sin ninguna intervención directiva en el proceso de su manufactura. La barrera entre producción y distribución se institucionalizaba a menudo por la concesión oficial de monopolios funcionales [204]. Así pues, la inversión de capital comercial en la mejora de la tecnología manufacturera era mínima: ambos estaban funcionalmente separados. Los mercaderes y banqueros, que nunca gozaron de la estima que los comerciantes tenían en el mundo árabe, intentaban por lo general realizar sus fortunas por medio de la compra de tierra y, posteriormente, de grados en el sistema de exámenes. Carecían de identidad política corporativa, pero no de movilidad social personal [205]. A la inversa, los terratenientes iban a descubrir más tarde las oportunidades lucrativas ofrecidas por la actividad mercantil. El resultado de todo esto fue la imposibilidad de una cristalización, organización o solidaridad colectiva de la clase comercial urbana, incluso cuando el sector privado de la economía aumentó cuantitativamente en los momentos finales de la época Ch'ing. Las asociaciones mercantiles eran por lo general del tipo regionalista de las *Landsmannschaft* [206], cuya función política era más de división que de unificación. Como era presumible, el papel de la clase mercantil china en la revolución republicana que finamente derrocó al imperio a principios del siglo XX fue prudente y ambigua [207].

La maquinaria del Estado imperial, que limitaba de esa forma a las ciudades, dejó también su impronta en los terratenientes. La clase poseedora de China siempre contó con una doble base económica: sus fincas y sus cargos. El volumen total de la burocracia imperial siempre fue muy pequeño en comparación con la población del país: entre 10.000 y 15.000 funcionarios en la era Ming y menos de 25.000 en la época Ch'ing [208]. Su eficacia dependía de los vínculos informales que se estable-

[204] Elvin, *The pattern of the Chinese past*, pp. 278-84.

[205] Ping-Ti Ho, *The ladder of success in imperial China: aspects of social mobility, 1368-1911*, Nueva York, 1962, pp. 46-52; sobre los aspectos generales de la movilidad social en la China de las épocas Ming-Ch'ing, véanse las pp. 54-72. Véase también Balazs, *Chinese civilization and bureaucracy*, pp. 51-2.

[206] Ping-Ti Ho, «Salient aspects of China's heritage», en Ping-Ti Ho y Tang Tsou, comps., *China in crisis*, I, Chicago, 1968, pp. 34-5.

[207] Véase el amplio y revelador ensayo de M.-C. Bergères, «The role of the bourgeoisie», en M. Wright, comp., *China in revolution: The first phase, 1900-1913*, New Haven, 1968, pp. 229-95.

[208] Gernet, *Le monde chinois*, pp. 343-4; Chang-Li Chang, *The income of the Chinese gentry*, Seattle, 1962, pp. 38, 42. La burocracia Ch'ing contaba con un grupo adicional de unos 4.000 funcionarios manchúes.

cían entre los funcionarios enviados a las provincias y los terratenientes locales que colaboraban con ellos en la realización de las funciones públicas (transporte, regadío, educación, religión, etc.) y el mantenimiento del orden público (unidades de defensa, etc.), por lo que recibían lucrativos ingresos en concepto de «servicios» [209]. Las extensas familias de los terratenientes incluían tradicionalmente a algunos miembros que habían aprobado los exámenes para obtener el rango *chin-shih* y el acceso formal al aparato burocrático del Estado, y otros miembros en las ciudades provinciales o en los distritos rurales que carecían de esos títulos. Los poseedores de grados ocupaban por lo general las posiciones administrativas locales o centrales, mientras que sus parientes se encargaban de las tierras. Pero el estrato más rico y poderoso de la clase terrateniente siempre estuvo compuesto por aquellos que tenían cargos o vínculos con el Estado, cuyos emolumentos públicos (procedentes de los salarios, la corrupción y los servicios) superaban normalmente en la época Ch'ing sus ingresos privados agrícolas quizá hasta en un 50 por 100 [210]. Así, mientras que el conjunto de la clase terrateniente china debía su poder social y político a su control sobre los medios básicos de producción, llevado a cabo por su cualificada propiedad privada de la tierra, su cambiante élite —quizá poco menos del 1 por 100 de la población en el siglo XIX— estaba determinada por el sistema de grados que le daba acceso oficial a la mayor riqueza y a la más alta autoridad del sistema administrativo [211]. La inversión agraria era desviada, pues, por el absorbente papel del Estado imperial en el seno de la clase dominante. Los repentinos y grandes avances en la productividad de la agricultura china procedieron normalmente de abajo, en las fases de menor presión fiscal y política del Estado sobre el campesinado que se producían al comienzo de un ciclo dinástico. Los consiguientes aumentos demográficos provocaban entonces normalmente un

[209] Chang, *The income of the Chinese gentry*, pp. 43-7 *ss.*

[210] Chang, *The income of the Chinese gentry*, p. 197: los poseedores de grados académicos gozaban también por lo general de amplios ingresos procedentes de actividades mercantiles, que en conjunto, según los cálculos de Chang, debían suponer alrededor de la mitad de los producidos por sus propiedades territoriales.

[211] Chang, *The Chinese gentry*, p. 139, calcula que los titulares de grados y sus familias representaban, antes de la rebelión Taiping, el 1,3 por 100 de la población. Los estudios de Chang limitan arbitrariamente la definición de *gentry* a este único estrato, pero sus hallazgos no implican la aceptación de este límite.

nuevo malestar social en el campo, que se hacía progresivamente más peligroso para los terratenientes a medida que la población crecía, hasta llegar al episodio final del «Reino Celeste» de los Taiping. Al mismo tiempo, el autoritarismo político del Estado imperial tendió a intensificarse después de la época Sung [212]. El confucianismo se fue haciendo cada vez más represivo y el poder del emperador más amplio hasta la misma víspera de la caída de la dinastía Ch'ing.

Las civilizaciones china e islámica —que en sus diferentes marcos naturales [213] se extendían a principios de la época moderna por la mayor parte del continente asiático— comprenden, pues, dos morfologías claramente divergentes de Estado y sociedad. Las diferencias entre ambas podrían referirse prácticamente a todos sus elementos. Las guardias militares de esclavos que constituyeron con tanta frecuencia la cima de los sistemas políticos islámicos son la antítesis de los terratenientes letrados de carácter civil que dominaron el Estado imperial chino; el poder adopta, respectivamente, una forma pretoriana o la de un mandarinato. La religión saturaba todo el universo ideológico de los sistemas sociales musulmanes, mientras el parentesco se relegaba o eclipsaba; en China, la moralidad y la filosofía secular regían la cultura oficial, a la vez que permanecía incrustada en la vida civil la organización de clanes. El prestigio social de los mercaderes en los imperios árabes nunca fue igualado por los honores concedidos a los comerciantes en el Reino Celestial, y la amplitud de su comercio marítimo superó con mucho en el momento de su esplendor a lo conseguido por sus homólogos chinos. Las ciudades desde las que operaban los mercaderes eran igualmente diferentes. Las ciudades clásicas de China formaban redes burocráticas y

[212] Ho, «Salient aspects of China's heritage», pp. 22-4.

[213] Los determinantes estrictamente geográficos de la estructura social fueron exagerados por Montesquieu y su época, en sus intentos de comprender el mundo no europeo. En el siglo XX, los marxistas han compensado exageradamente este legado de la Ilustración, ignorando el significado relativo del medio natural en el conjunto de la historia. A los historiadores modernos como Braudel ha correspondido devolverle un peso más justo. En realidad, ninguna historia verdaderamente materialista puede silenciar las condiciones geográficas, como si se tratara de algo meramente externo a los modos de producción. El mismo Marx insistió en el medio natural como un factor primario e irreductible de toda economía: «*Las condiciones originarias de la producción* [...] originariamente no pueden *ser ellas mismas producidas*, no pueden ser resultado de la producción». *Pre-capitalist formations*, p. 86 (*Grundrisse*, p. 389 [*Elementos*, p. 449]).

segmentadas, mientras que las ciudades islámicas eran laberintos confusos y aleatorios. El apogeo de la agricultura intensiva, con la utilización de las obras hidráulicas más desarrolladas del mundo, se combinaba en China con la propiedad privada de la tierra, mientras que el mundo islámico mostraba por lo general un monopolio jurídico de la tierra por parte del soberano y un cultivo irregular o extensivo, sin la introducción de sistemas de regadío de alguna importancia. Ninguna de estas grandes zonas tuvo comunidades igualitarias de aldea; pero en todo caso la productividad rural generalmente estancada del Oriente Medio y del norte de Africa contrasta claramente con los enormes progresos agrícolas registrados en China. Naturalmente, las diferencias de clima y de suelo no fueron ajenas a estos diferentes rendimientos. La población de ambas regiones corresponde naturalmente a la dinámica de las fuerzas de producción en la rama principal de toda economía precapitalista: estabilidad en el Islam, multiplicación en China. La tecnología y la ciencia siguieron también direcciones opuestas: la civilización imperial china generó muchas más innovaciones técnicas que la Europa medieval, mientras que, inversamente, la historia islámica fue aparentemente infértil en comparación con ella [214]. Por último, aunque no sea lo menos importante, el mundo islámico era contiguo a Occidente y estuvo sometido desde muy pronto a su expansión y, finalmente, a su cerco; mientras que el reino chino permaneció aislado, fuera del alcance de Europa y quizá transmitiendo durante mucho tiempo a Occidente más de lo que recibía de él, mientras que la civilización

[214] La respectiva habilidad técnica de las civilizaciones china, islámica y europea quedó reflejada en el adagio tradicional que procedente de Samarkanda contaba el embajador castellano ante Timur en el siglo XIV: «los artesanos de Catay son considerados muchísimo más habilidosos que los de cualquier otra nación, y se dice que sólo ellos tienen dos ojos, mientras que los francos sólo tienen uno y los musulmanes son un pueblo ciego». Needham, *Science and civilization in China*, IV, 2, p. 602. El propio Needham supone que existía un grado de transmisión directa de los inventos chinos a Europa más alto de lo que en general puede demostrarse con testimonios históricos. La mutua ignorancia *social* prácticamente completa en la que permanecieron ambas civilizaciones durante la Antigüedad y la Edad Media —la falta por ambas partes de una información exacta en los documentos escritos, hasta unas fechas muy recientes— es difícil de reconciliar con la presunción de una frecuente intercomunicación *técnica* entre ambas, por muy informal que fuese y aunque sea imposible de encontrar en los documentos. La instrucción tecnológica de Europa por China no es un corolario necesario de la superioridad china sobre Europa; esto último es lo verdaderamente crucial e incuestionable.

«intermedia» del Islam se enfrentaba, en el otro extremo de Eurasia, al ascenso del feudalismo occidental y de su invencible heredero.

Estas diferencias elementales no constituyen, por supuesto, ni siquiera los comienzos de una comparación de los verdaderos *modos de producción,* cuya compleja combinación y sucesión define a las verdaderas formaciones sociales de estas grandes regiones situadas fuera de Europa. Esas diferencias son el mero resumen de algunos de los mayores índices de divergencia entre las civilizaciones china e islámica (objetos terminológicos provisionales necesitados de diferenciación y retraducción para cualquier análisis científico) que imposibilitan todo intento de asimilarlas a simples ejemplos de un común modo de producción «asiático». Demos a este último concepto el honroso entierro que merece. Está perfectamente clara la necesidad de una investigación histórica mucho más amplia y profunda antes de que puedan deducirse verdaderas conclusiones científicas de las diversas vías de desarrollo no europeas en los siglos correspondientes a la época medieval y a los comienzos de la moderna en Occidente. En comparación con la profundidad e intensidad del estudio académico al que se ha visto sometida la historia de Europa, en la mayoría de los casos sólo se ha arañado hasta ahora la superficie de vastas zonas y períodos [215]. Pero una lección de procedimiento está absolutamente clara: la evolución de Asia no puede reducirse en modo alguno a una categoría residual uniforme, construida con los sobrantes del establecimiento de los cánones de la evolución europea. Toda exploración teórica seria del campo histórico situado fuera de la Europa feudal debe terminar con las comparaciones tradicionales y genéricas y proceder a la construcción de una tipología concreta y exacta de las formaciones sociales y los sistemas estatales, respetando sus enormes diferencias de estructura y desarrollo. Unicamente en la noche de nuestra ignorancia adquieren el mismo color todas las formas extrañas.

[215] Twitchett compara el actual estado de la investigación sobre la China Tang y Sung con el estadio alcanzado por la historiografía medieval inglesa en tiempos de Seebohm y del primer Vinogradoff: *Land tenure and the social order,* p. 32.